

Camilo, estoy á tu lado, te tengo entre mis brazos y te amo.

— ¡ Oh, no ! tú sabes que he dicho la verdad ; tú también, tú también has oido hablar de él.

— Según eso, ¿ es cierto cuanto se dice ? añadió Camilo.

— ¿ Qué se dice ?

— ¿ Es cierta esa historia del testamento que empieza á susurrarse por el mundo ?

— Si, es cierta ; cuando ese hombre quiera, yo me veré más pobre, más arruinada que el niño que acaba de nacer, pues éste al menos tiene un padre y una madre al venir al mundo, y yo no tengo á nadie.

— Entonces, hay otro heredero.

— Si, Camilo, si ; lo había olvidado ; existe un heredero ; mi hermano quería realizar, quería vender, quería... ¡ insensato ! formaba proyectos, pero no se apresuraba á cumplirlos, y la muerte se lo ha impedido del todo.

— ¿ Y cómo se llama ese heredero ?

— Para nosotros, Conrado de Valgeneuse, á quien creíamos muerto ; para los demás, Salvador.

— ¿ Salvador ? ¿ el mandadero misterioso ? ¿ ese hombre extraordinario ? exclamó el americano.

Entonces todo va bien, Susana, dijo Camilo ; ese hombre se me ha interpuesto también en el curso de mi vida, y ha manchado con mano ruda mi honor. También tengo una cuenta que arreglar con Mr. Conrado de Valgeneuse.

— ¿ Qué piensas hacer ? dijo Susana temblando de temor y de esperanza á la vez.

— Le mataré, respondió resueltamente el criollo.

## CAPÍTULO XXI.

EN QUE SE REFIERE CÓMO EL SOL DE CAMILO EMPIEZA Á  
OBSCURECERSE.

Sin duda recordaréis, queridos lectores, y si ya no os acordáis llamaré en mi auxilio á vuestra memoria, de qué modo la joven y bella criolla de la Habana, á quien sólo se os ha presentado un instante, pero que la conocéis bajo el nombre de Camila de Rozán, había hecho su entrada en los salones de Mad. de Marande la noche en que Carmelita había cantado la romanza del *Sauce*.

Su entrada, según hemos dicho y ahora lo repetimos, había causado en todos los convidados un efecto prodigioso.

Presentada en el gran mundo bajo los auspicios de Mad. de Marande, es decir, de una de sus más graciosas soberanas, la linda criolla se había hecho la hermosura de moda en muy pocos días, y se deseaba su presencia en todos los salones de París. Morena como la noche, sonrosada como el cielo de Oriente, los ojos llenos de vida, y los labios cubiertos de deseos, Mad. de Rozán, con una mirada, con una sonrisa, se captaba no solamente la voluntad de los hombres sino también la de las mujeres ; así es que en medio de un salón, se asemejaba á un planeta rodeado de satélites.

Mil victorias se la atribuían ; pero no se contaba ninguna derrota por su parte, en lo que no se hacía más que justicia. Era viva, ardiente, apasionada y á su pesar quizá

provocadora. Tenía también en sus acciones cierto tinte de coquetería bastante pronunciado, pero nada más; siendo muy exacto, como decía Camilo con más imaginación que buen gusto, que permitía á las gentes se entretuviesen con las bagatelas de pórtico, pero que sabía detenerlas antes de que hubiesen llegado á tomar el primer escalón de la entrada.

El secreto de su virtud se encontraba en su amor por Camilo, y séanos permitido decir de paso, puesto que hallamos tan buena ocasión, que éste es el secreto de todas las virtudes de la mujer:

Corazón enamorado, corazón virtuoso.

Mad. de Rozán se encontraba en este caso, estaba enamorada de su marido, mejor dicho, le adoraba; adoración mal colocada, convenimos en ello, y principalmente si recordamos lo que hemos referido en el capítulo precedente; pero que no dejará de comprenderse por los que no hayan olvidado el brillo superficial, la atracción admirable con que la naturaleza había dotado á Camilo.

En efecto, se le ha visto en el curso de nuestra relación, joven, bello, caprichoso más que distinguido, halagüeño más que espiritual, y lo bastantemente revestido del aspecto de París. Así es, que Camilo, ligero, frívolo, fantástico y alegre hasta llegar á la tontería, debía agrandar á todas las mujeres y en particular á una joven tan modesta como apasionada, deseosa de placeres, y que con impaciencia los esperaba.

Los triunfos de Mad. de Rozán eran solamente superficiales, y reservaba fielmente todo su cariño para su esposo, y sin embargo se verá por qué razón esta criolla enamorada y triunfante, estaba, á pesar de sus brillantes resultados, dominada por una melancolía tan profunda,

que se la hubiese creído víctima de una secreta enfermedad del alma ó del cuerpo. Esto se había notado ya en muchos salones, viendo la palidez de su rostro y el círculo violado de sus ojos. Una viuda celosa aseguraba que se hallaba enferma del pecho; un enamorado despedido indicaba que tenía un amante; otro más caritativo, había descubierto que su marido la maltrataba; un médico materialista la acusaba, ó más bien se querellaba, de que observase con demasiada exactitud todos los deberes conyugales; en fin todo el mundo decía algo, mas nadie descubría la verdadera causa.

Pero si el lector nos quiere seguir hasta la alcoba de aquella hermosa mujer, sabrá en pocos instantes, si es que ya no lo ha adivinado, el secreto de esta aflicción que empezaba á inquietar á todo París.

La noche de los funerales de Mr. Loredán de Valgeuse, es decir, veinticuatro horas después de la escena que hemos referido en el precedente capítulo, Mad. Camila de Rozán, tendida en una poltrona de terciopelo color de rosa, se entregaba á la ocupación más singular que podía esperarse de una dama y dentro de una alcoba, á la una de la mañana, hora en la cual toda mujer de la edad y del aspecto de la bella Dolores, debía estar tendida en su lecho con la imaginación agitada por ensueños, y la boca llena de promesas.

Sentada delante de una mesa de laca de China, se hallaba ocupada en cargar un magnífico par de pistolas, con cajas de ébano y cañones damasquinos de oro, las cuales resaltaban notablemente en sus manos del más terso y nevado mármol.

Después de haber cargado las pistolas con una regularidad y precisión que hubiera hecho honor á cualquier di-

rector de tiro, Mad. de Rozán examinó minuciosamente las chimeneas, levantó los perrillos uno después de otro, y terminado este examen, dejó las pistolas á su derecha, y cogió un pequeño puñal que tenía á la izquierda.

En las manos de la linda criolla, este puñal ciertamente no debía parecer temible, la vaina era de plata con adornos de oro, el pomo maravillosamente trabajado era de hierro incrustado de pedrería; así es que esta obra, modelo para todo platero, más bien parecía una joya de mujer que un arma mortífera, y por lo tanto al ver los rayos que se desprendían de sus ojos al mirar la hoja, cualquiera se hubiese visto en duda para decidir cuáles eran más temibles, si los de la mirada de la criolla ó los que despedía el bruído del puñal.

Examinada aquella arma con el mismo cuidado que las pistolas, la colocó sobre la mesa, frunció las cejas y recostándose en la poltrona cruzó los brazos sobre el pecho y meditó.

Se hallaría entregada á sus pensamientos como unos diez minutos, cuando oyó pasos conocidos en el corredor que conducía á su alcoba.

— Él es, dijo.

Y con la rapidez del pensamiento, abriendo el cajón de la mesa metió las pistolas y el puñal, volió á cerrar el cajón, quitó la llave y la ocultó en el bolsillo de su traje de noche.

Se levantó precipitadamente, y Camilo entró.

— Soy yo, dijo... ¡Cómo! ¿no te has acostado aún á estas horas?

— No, respondió fríamente Mad. de Rozán.

— Es la una, mi querida niña, dijo Camilo besándola en la frente.

— Ya lo sé, respondió ella en el mismo tono y con el mismo acento de frialdad.

— ¿Has salido? preguntó Camilo arrojando un abrigo sobre un confidente.

— No he salido, respondió lacónicamente Mad. de Rozán.

— ¿Entonces quién ha venido?

— Nadie.

— ¿Y has permanecido en vela hasta estas horas?

— Ya lo veis.

— ¿Qué hacías?

— Os esperaba.

— Pero esa no es tu costumbre.

— Cuando las costumbres son malas, es necesario mudar de ellas.

— ¡Con qué tono trágico lo dices! advirtió Camilo al mismo tiempo que empezaba á desnudarse.

Mad. de Rozán, sin contestar volvió á sentarse en la poltrona.

— ¿Qué es eso? preguntó Camilo, ¿no te acuestas?

— No, tengo que hablaros, dijo la criolla con una voz sombría.

— ¡Diablo! sin duda debe ser muy triste lo que tengas que decirme según el aspecto con que me lo anuncias.

— Muy triste.

— ¿Qué te sucede, querida mía? preguntó Camilo aproximándose. ¿Estás mala? ¿has recibido alguna mala noticia? ¿qué te ha sucedido?

— Nada me ha sucedido desde nuestra separación, sino lo que pasa todos los días, no he recibido ninguna mala noticia, ni estoy enferma, al menos en el sentido que vos lo decís.

— Entonces, ¿por qué ese aire fúnebre? preguntó sonriendo Camilo, á no ser, añadió procurando abrazar á su esposa, que no sea el recuerdo de nuestro pobre amigo Loredán.

— Mr. Loredán no era nuestro amigo, lo era solamente vuestro, y por consiguiente tampoco puede ser esa la causa.

— Entonces, me doy por vencido, dijo Camilo arrojando su traje sobre una butaca, fatigado por haber sostenido por tanto tiempo tan pesado objeto de conversación.

— Camilo, preguntó Mad. de Rozán, ¿no habéis advertido en mí ningún cambio desde hace algunas semanas?

— No, por mi fe, tú estás siempre encantadora.

— ¿No me has visto palidecer?

— ¡El clima de París es tan desigual! Por otra parte, te diré una cosa: si te encuentro dominada por esa palidez; si advierto algo en tí, es que de cada vez me pareces más hermosa.

— El círculo que rodea mis ojos, ¿no te ha descubierto mis insomnios?

— Por mi fe que no; y solamente he creído que te pintabas por ser de moda.

— Camilo, eres ó muy egoísta ó muy frívolo, dijo la joven ocultando su rostro.

Y dos lágrimas corrieron á lo largo de sus ojos.

— ¿Lloras, amor mio? preguntó Camilo con aire de admiración.

— ¡Mirame! contestó ella acercándosele y cruzando los brazos; ¡yo muero!

— ¡Oh! exclamó Camilo admirado de la palidez y del

sinistro aspecto del rostro de su mujer; en efecto, mi pobre Dolores, me parece que sufres.

Y cogiéndola por la cintura, se sentó y procuró colocarla sobre sus rodillas; pero desprendiéndose la joven se alejó bruscamente lanzando sobre él una mirada colérica.

— Basta de mentiras, añadió enérgicamente, estoy cansada y avergonzada de mi silencio, y tengo necesidad de una explicación.

— ¿Y qué explicación quieres que te dé? dijo Camilo con un tono bastante natural y como si la pregunta le sorprendiese.

— Bien sencilla; la explicación de tu conducta desde el día en que por primera vez pisaste el hotel de Valgeneuse.

— ¡Todavía tus sospechas! dijo Camilo con impaciencia; yo creía que estabas curada de esa enfermedad.

— Camilo, tenía en tí tanta fe como amor, cuando te preguntaba acerca de tus relaciones con la señorita Susana de Valgeneuse, y me asegurabas que no tenía por tí ni tú por ella más que sentimientos afectuosos, fraternales más bien; yo te amaba, y sólo deseaba creerte, y te creí.

— ¡Pues entonces! exclamó el americano.

— Escucha, Camilo, el juramento que me hacías hace cuatro meses, ¿lo repetirías hoy también?

— Sin duda alguna.

— ¿Según eso me amas hoy como hace un año, es decir, como el día de nuestro matrimonio?

— Un poco más que hace un año, contestó Camilo con un acento de galantería que contrastaba de un modo notable con la sombría frente de su esposa.

— ¡Y no amas á la señorita de Valgeneuse?

— Naturalmente, querida mía.

— ¡Lo jurarías?

— Lo juro, dijo Camilo con sonrisa

— No con ese tono, sino de un modo solemne, como delante de Dios.

— Lo juro delante de Dios, respondió Camilo, presentándonos una prueba de la importancia que daba á los juramentos de amor.

— ¡Pues bien, ante Dios! exclamó la criolla con profunda expresión de disgusto; ¡eres un hipócrita y un infame, un perjuro y un traidor!

— Camilo se preparaba á contestar, pero un imponente movimiento de su joven mujer le impuso silencio.

— Basta de mentiras, os he dicho: lo sé todo, hace algunos días que os espío, que os sigo, y os veo entrar en casa de Valgeneuse, y que os veo salir. No quiero daros el trabajo de que sigáis fingiendo un solo instante más.

— ¡Oh! dijo Camilo con impaciencia, ya sabéis que gusto poco de semejante clase de escenas, mi querida amiga; quédense para los aldeanos y los pastores, y procuremos continuar uno y otro según nos vemos obligados á pasar en el mundo, es decir, como personas distinguidas. Nada existe entre la señorita de Valgeneuse y yo, te lo he jurado, y te lo vuelvo á jurar; creo que esto será suficiente para convencerte.

— Eso es demasiado descarado, continuó la criolla exasperada del tono ligero con que Camilo trataba su sufrimiento. Toma, ¿negarás ahora?

Y sacando entonces una carta del pecho, la desdobló precipitadamente, y sin tomarse el trabajo de leerla, repitió estas palabras que en la misma se decían:

« Camilo, mi querido Camilo, donde quiera que estés nada veo más que á ti, á nadie oigo más que á ti y solamente en ti pienso. »

— ¡Oh! á mí es á quien toca ahora reconveniros! dijo Camilo arrancando violentamente la carta de las manos de la criolla y haciéndola pedazos después.

— Sí, rompedla, rompedla; por desgracia la conservo en la memoria.

— Es decir, que no contenta con seguirme, con espiarme, interceptáis mis cartas, descerrajáis mis cajones, exclamó Camilo con el rostro inyectado de cólera.

— Sí... sí, te sigo... te vigilo, intercepto tus cartas, descerrajo tus cajones; pero aun no me conoces bastante; ¡desgraciado! ¡No sabes de qué soy capaz! mirame frente á frente, y dime si por ventura tengo aspecto de una mujer á quien se engaña impunemente!

Y en efecto, por hermosa que fuese, estaba temible; y un pintor hubiese encontrado en la expresión de ferocidad de sus ojos, y en la violenta contracción de los músculos de su cara, un magnífico modelo para la Medea ó la Judit.

El criollo, al mirarla, retrocedió un paso algo atemorizado y sin encontrar palabra que decirle; pero comprendiendo todo el peligro de su situación si el silencio se prolongaba un momento más, trató de terminar la escena por medio de halagos.

— ¡Ah! ¡cuán bella estás así! mírate, compárate con las demás mujeres, y dime si hay alguna más bella que tú. ¿Podrá por lo tanto haber alguna que sea tampoco más amada?

— No me basta el ser amada más que las demás, dijo con valor la criolla; necesitó ser amada yo sola.

— Así es como yo lo comprendo, dijo Camilo.

— Y teniendo como tengo pruebas irrecusables, añadió Dolores, ¿pretenderás negar que premeditas una intriga con una malvada criatura?

Esta palabra, criatura, aplicada á su querida Susana hizo estremecer á Camilo, y frunció las cejas sin contestar.

— Si, repitió Dolores, si, malvada criatura; ni el epíteto, ni el nombre le están mal aplicados. ¡Oh! la conozco tan bien como vos, mejor que vos puede ser, y no he necesitado más que una sola noche para conocerla.

Y cierta idea como una nube de vergüenza pasó por la imaginación de la joven al pronunciar estas palabras tan poco significativas en apariencia.

Durante ese tiempo, Camilo había descubierto un nuevo giro á la conversación y quiso aprovecharse de él.

— Escucha, dijo; por más que sea poco delicado lo que voy á decirte, no te negaré que Susana no se encuentre algo enamorada de mi.

— ¿Entonces te ama?

— No es uno dueño, querida mía, de inspirar ó no inspirar amor, respondió Camilo; pero si es uno libre, continuó filosóficamente, de corresponder ó no á quien le ama.

— ¿Amas ó no á la señorita Susana de Valgeneuse? preguntó Dolores, que no quería permitir á Camilo el que se deslizase de la verdadera cuestión.

— No la amo, es decir, como se entiende el amor; pero es la hermana de mi amigo, y no la odio.

— Terminantemente, ¿amas á la señorita Susana de Valgeneuse? ó mejor dicho, ¿la señorita de Valgeneuse es tu querida?

— ¿Mi querida?

— Sin duda alguna, porque siendo yo tu mujer, ella no puede ser otra cosa.

— No por cierto, no es mi querida.

— ¿Y tú no la amas?

— ¿Yo? no...

— Quiero creerlo.

— ¡Ah! qué feliz me haces, dijo Camilo tendiéndola los brazos.

— Escucha, Camilo, quiero creerlo, pero necesito una prueba.

— ¿Cuál?

— Partamos.

— ¿Cómo partir? exclamó Camilo admirado... ¿y con qué motivo?

— Porque no es decoroso, Camilo, permitir se extravie de ese modo la señorita de Valgeneuse, ¿Ella te ama? pues espera; tú no la correspondeste y por lo tanto sufre; la esperanza y el sufrimiento solamente puede conseguirse que cesen partiendo nosotros.

Camilo procuró sonreírse.

— Admite que una ausencia rompa todo lazo, y así vemos multitud de ejemplos en las comedias; pero es preciso saber dónde se va.

— Se va adonde uno es amado; el punto en que uno es querido, allí tiene su verdadera patria. Así, adonde tú quieras, iré yo, á cien leguas de Francia, á mil leguas, pero partamos.

— Ciertamente respondió Camilo, que yo mismo te hubiese propuesto desde hace largo tiempo un viaje á Italia ó á España, si no hubiera temido tu oposición.

— ¿Mi oposición?

— Si, porque comprenderás que yo, que he vivido dos años en París, no tendré grandes cosas que ver; pero yo me decía á mí mismo: mi pobre Dolores, que como todas

las jóvenes de nuestro país acaricia por tanto tiempo este sueño, « ver á París y morir, » no quiero despertarla bruscamente, sino esperar á que su sueño haya concluido.

— Si esa delicada atención te detenía solamente, que nada retarde nuestra partida. He visto á París más de lo que quería verle.

— Pues bien, querida mía, dijo Camilo, partiremos.

— ¿ Cuándo ?

— Cuando tú quieras.

— Entonces mañana mismo

— ¡ Oh ! exclamó el americano sorprendido, ¡ mañana !

— Sí, puesto que nada nos detiene en París más que el temor de que yo despertase de mi sueño.

— Nada, nada, es bien seguro, pero es asunto de más de veinticuatro horas. ¡ Mañana ! repitió Camilo, ¿ y nuestras compras ? ¿ y nuestras visitas ? ¿ y nuestras deudas ?

— Mis maletas están hechas, mis compras también, nuestras deudas están pagadas ; y ayer he mandado llevar papeletas de despedida á todas las casas en que hemos sido recibidos.

— Pero aún son necesarios algunos días para apretar la mano á los amigos.

— Con tu carácter, Camilo, no se tienen amigos, solamente se tienen conocidos. El más íntimo era Loredán ; Loredán ha muerto ayer, y hoy ha sido enterrado ; no tienes por lo tanto ni una sola mano que dar en París ; partamos, pues, mañana mismo.

— Eso es imposible.

— Fíjate en lo que me contestas, Camilo.

— Sin duda alguna. Y mis proveedores ¿ qué dirían si yo partiese así ? Tendría todo el aspecto de uno que hubiera hecho bancarota, y yo me marchó, pero no huyo.

— ¿ Cuánto tiempo necesitas para que tu marcha no tenga el aspecto de una huida ?... Responde.

— Es que lo ignoro.

— Tres días ¿ son suficientes ?

— En verdad, querida mía, que tanta insistencia no es razonable.

— ¿ Cuatro días, cinco, seis ? repetía la joven con una voz estentórea que parecía llegaba á un nuevo acceso de cólera : ¿ es bastante tiempo ?

— ¿ Te interesa tanto ? preguntó Camilo, que comen- zaba á inquietarse por la irritación de su mujer.

— Como me interesa mi vida, Camilo.

— ¡ Pues bien ! ocho días.

— Sean ocho días, dijo resueltamente Mad. de Rozán ; pero también es cierto, añadió mirando al cajón en que se hallaban las pistolas y el puñal, que tu resolución estaba tomada antes de penetrar en esta habitación, y que si dentro de ocho días no hemos partido, al noveno, tú, ella y yo compareceremos ante Dios para responder allí de nuestra conducta.

La joven pronunció estas palabras con tal resolución que Camilo no pudo evitar el estremecerse.

— Está bien, dijo frunciendo el entrecejo ; en el término de ocho días partiremos, y ahora soy yo quien te da palabra de honor de partir.

Y volviendo á coger su traje que, como hemos dicho, había arrojado sobre una butaca, se retiró á su habitación contigua á la de su mujer, y sin darse cuenta de lo que hacía, se encerró con llave y corrió el cerrojo.